



XAVIER RODRÍGUEZ LEDESMA

## La lectura y el placer. Una formación para la vida

**D**urante una gira por Sonora, el ferrocarril del presidente Álvaro Obregón se vio obligado a detenerse, pues problemas existentes en la vía le impedían avanzar.

Al ver que el asunto iba para largo, buscando refrescarse, ya que la inclemencia del calor del desierto hacía imposible mantenerse dentro de los vagones, Obregón decidió dar un paseo por los alrededores. No lejos encontró a un habitante de la zona con el cual entabló conversación. En el transcurso de la plática el presidente se percató de que el sujeto, además de vivir en la más absoluta de las miserias, no sabía el nombre del lugar donde se encontraban; es decir, no conocía cómo se llamaba el pueblo donde había nacido, vivía y seguramente moriría. Sorprendido frente a tan sublime inopia, Obregón inmediatamente giró instrucciones. Le ordenó a su secretario que, en cuanto llegaran a la ciudad de México, le enviaran al pobre hombre un ejemplar de *La divina comedia* y uno de los *Diálogos*, de Platón, de la colección de clásicos que Vasconcelos acababa de editar (cf. Dulles, 1977: 117-118).

Sea verdad o no que la anécdota aconteció, ella ilustra fehacientemente varios de los mitos con los que los libros, la lectura y, en general, la palabra escrita han debido cargar durante la modernidad. Entre ellos, destaco dos que constituyen los ejes más amplios de la mitología creada alrededor de este gran tema cultural contemporáneo, los cuales, sin duda y con urgencia, deben ser analizados críticamente en aras de ubicar en sus justos términos, tanto el asunto de la carencia de un hábito de lectura en la sociedad (la existencia más bien de una cultura de no lectura), más cuanto las estrategias viables para crear posibles nuevos lectores, si es que se llega a acordar, como parecen coincidir la mayoría de los diletantes literarios ya existentes, que a ello debiéramos aspirar.

El primero de esos rubros se refiere a la forma de entender la lectura de libros como un medio para lograr otros fines; es decir, buscar y/o crear un sentido eminentemente utilitario a una práctica cultural, reduciendo la lectura a una simple herramienta pedagógica. Dicha concepción está detrás de la gran mayoría de análisis y reflexiones sobre la necesidad de construir el hábito de leer en una sociedad que carece de él, y se materializa en forma de enunciados contundentes —verdaderas sentencias flamígeras— del estilo: «hay que aprender a leer, pues ello sirve para crecer», «leer ayuda a desarrollar una serie de habilidades metacognitivas», es necesario «leer para ser libre», «leer para aprender», «leer para educarse», «leer para acumular lecturas», «leer para...». En fin, una batería de frases hechas con las que se ametrallan los oídos de los oyentes, cuando se aborda el tema sobre la lectura y sus bondades. Es lo de menos el que, en muchas ocasiones, también carezcan del hábito de leer los que disparan tan contundentes apotegmas, simplemente se trata de repetir lo que se espera que un adulto responsable (llámese padre, madre, maestro, intelectual, funcionario, etc.), diga cuando se le inquiera sobre algo tan supuestamente importante para la cultura y la educación.

El segundo eje tiene que ver con la certeza rebosante de romanticismo y buenos deseos, compartida por multitud de individuos bien-intencionados, de que tan sólo basta con acercar los libros a los sujetos (posibles lectores), para que éstos de manera automática y espontánea desarrollen el gusto, el interés y/o el placer por la lectura, convirtiéndose inmediatamente en degustadores del arte literario. No importa que la historia nos aporte múltiples ejemplos en contra de tal fe. El imaginario romántico que recrea la figura de un pueblo, que hace suyas pilas de libros que hasta antes le eran insignificantes, gracias a que a alguna buena alma se le ocurrió acercar tales artefactos a sus manos, no es más que eso, una ilusión extraída del abundante cuerno de las mejores intenciones, pero falaz en la realidad.

Ambas líneas se vinculan estrechamente. Son parte de una misma concepción sobre el ejercicio de la lectura que da pie, o al surgimiento de arrebatos febriles generadores de las más optimistas esperanzas, o a las más encendidas diatribas contra otros medios culturales y de comunicación. Veamos.

En el tono de la optimista esperanza se plantea que sería suficiente con que los libros entren en contacto con los individuos ignorantes de su existencia para que éstos, al conocerlos y observar sus dones y virtudes, se arrojen sin más al vicio de la letra escrita. Ello inexorablemente redundaría en que la anhelada redención social estaría al alcance de la mano, pues el problema tan sólo se reduciría a diseñar y llevar a cabo una política eficiente de difusión del libro, para que ese cambio cultural tan imperioso pueda encontrar caminos de desarrollo. Obvio es que, detrás de este tipo de ilusiones, se halla la concepción, también falsa, de que el ejercicio de la lectura por sí mismo es un medio que garantiza la elevación del sujeto a niveles espirituales-intelectuales altamente positivos. Desafortunadamente, como veremos, el asunto no es tan sencillo. Si lo fuera, desde hace mucho tiempo —por lo menos desde mediados de los años veinte del siglo pasado, cuando se llevó a cabo la cruzada vasconcelista—, ello se habría conseguido en nuestro país. Sin duda, tal era el ánimo que imbuyó a Obregón para considerar, desde su ingenuidad cultural colmada de buenas intenciones, que era una excelente idea echar mano de esos redentores (los libros), que su gobierno estaba editando para ayudar a progresar, desarrollarse, cultivarse, avanzar, etc., al miserable con el que platicó bajo el asfixiante sol del desierto sonorense.

Junto a lo anterior, se desarrolla una vertiente hipercrítica de otras formas comunicativas. Ella se caracteriza por la urgente necesidad de encontrar a los culpables de la ausencia y/o disminución del hábito de lectura en la sociedad dentro del amplio espectro de las nuevas tecnologías comunicativas y de entretenimiento existentes hoy en día. Hace décadas se identificó a la televisión como el enemigo fundamental; hoy en día, a ella se han sumado los videojuegos y a la internet, entre otros.

Una significativa y curiosa paradoja suele asomar la cabeza, cuando con voz engolada muchos críticos destrozan en sus discursos a estas herramientas de muy reciente aparición. No faltan quienes levanten la bandera de su necesaria contención o hasta erradicación ya que, al responsabilizarlas de la eliminación del hábito de la lectura en la sociedad, se restablecerían las condiciones necesarias para su recuperación y, por ende, el restablecimiento de un pasado edénico e idílico, que en realidad jamás existió.



El ludismo, la destrucción de las máquinas por los obreros al inicio de la revolución industrial, pues a sus ojos ellas eran los enemigos responsables de la pérdida de sus empleos, vuelve a hacer su aparición siglos después bajo una careta modernamente actualizada. Ahora los demonios del futuro habrían encarnado en esos nuevos medios de comunicación y entretenimiento, los cuales, si no es posible destruir, por lo menos sería necesario mantenerlos alejados lo más posible de la virginal doncella cultural constituida por las legiones de lectores que, de caer en aquellas terribles manos, se alejarían irremediamente del buen y único camino legitimado para acceder a estadios superiores de cultura y conocimiento: la lectura de libros.

La paradoja es aleccionadoramente simple: la lectura que —se afirma— debiera educar y enseñar, no cumple su cometido, pues este tipo de crítica, al hacer caso omiso del conocimiento histórico, repite sin rubor los errores de apreciación sobre el desarrollo de la humanidad.

Una vez abierta la revisión del pasado para avanzar sobre las preguntas que el tema analizado nos propone, es válido acudir a las historias personales, en virtud de que ellas registran fenómenos comunes a la generalidad. Pensemos si no, en la siguiente cuestión factible de ser convertida en un interesantísimo tema de investigación: ¿cómo se mata el placer por los libros que todos los niños demuestran en sus primeros años de vida? ¿Por qué y cuándo llega el momento en que los infantes dejan de tomar los libros en sus manos para embeberse con ellos, les empiezan a ser indiferentes, para terminar siendo repulsivos? ¿De qué manera nosotros, los papás, las mamás, las maestras, los maestros, la sociedad toda los inculca contra el gusto por lo escrito? ¿Por qué vías se construye esa negatividad hacia lo impreso? En síntesis, ¿cómo se mata ese placer? La respuesta evidencia otra incongruencia terrible y con aroma a tragedia, pues tiene que ver con la escuela, es decir, con la institución encargada de educar y enseñar.

Hace un par de años fui testigo de la forma tan cotidiana en que se asesina el gusto por los libros dentro de una institución educativa. Una maestra de tercer grado de una *reconocida* escuela privada, apenas unos días después de haber iniciado el año lectivo, se ufanó ante los padres de familia de que ya había empezado a meter al redil (esas fueron sus palabras) a los niños que le habían llegado muy mal acostumbrados. Orgullosa, comentó que en unos cuantos días había logrado que los

niños se pusieran de pie y guardaran silencio cuando ella hacía su entrada al salón. Además, había eliminado casi por completo la cuota de alumnos que no hacían la tarea en casa, pues había establecido que todo aquel que llegara a clase sin los deberes cumplidos, inmediatamente y sin ningún tipo de excusas se iría a la biblioteca. Frente al comentario de un padre de familia, en el sentido de que con su actitud ella iba a imbuir en sus alumnos la asociación: «Biblioteca y libros, igual a castigo», la profesional de la educación lo negó de manera categórica con la sentencia autoritaria que impedía —según ella— cualquier cuestionamiento ulterior: «Tenga usted la seguridad de que no será así».

Si la confesión del atentado contra el posible desarrollo del gusto por el ambiente libresco, viniendo de parte de una de las agentes educativas por antonomasia, ya era grotesca, la reacción de los padres y madres de familia terminó por cerrar el círculo criminal: nadie más expresó su reprobación; al contrario, se escucharon algunas voces de apoyo a la profesora, en el sentido de que hiciera lo que fuera necesario, pues los niños, en efecto, estaban muy mal educados.

La anécdota no por tosca es única ni exclusiva alusión a las escuelas privadas. Este tipo de actitudes permean a lo largo y ancho de todo el sistema educativo. El análisis de la existencia en la escuela de una forma específica de entender el acto educativo arroja luz sobre la pregunta acerca del asesinato del placer, de la negación de la diferencia que el acto de leer libros debiera por definición poseer. Es más, en la mayoría de las escuelas públicas ni siquiera existe alguna biblioteca, y las que hay están en lamentabilísimas condiciones y, por lo general, son usadas como bodegas.

Si la escuela, históricamente, surge con el objetivo final de normalizar, de eliminar la diferencia, y termina reduciendo el acto educativo a simples cuestiones de aprendizaje, es natural que los libros y la lectura bajo esa atmósfera hayan sido despojados de cualquier atisbo de expresión lúdica.

El acercamiento a los libros, la utilización de los mismos, se construyó bajo el sentido de coadyuvar en el acto de aprendizaje dentro de la institución educativa. La castración cultural a la lectura como actividad proveedora de un placer específico se llevó a cabo bajo el pretexto del aprendizaje, de la preparación, de la educación. La coartada pedagógica se consolidó, la utilidad una vez más mató al placer. Increíble, pero trágico-

camente cierto: hasta hace muy poco tiempo —si es que no se continúa haciendo— era común que la «quema de libros» fuera una de las festividades rituales de los alumnos que terminaban de cursar sus estudios de educación superior en nuestro país. Dicha ceremonia evidenciaba con total claridad, por lo menos, los siguientes aspectos:

1. El divorcio existente entre el ánimo romántico y positivo del uso de los libros como medios de aprendizaje y su naufragio absoluto como creadores de cultura
2. La animadversión construida a lo largo de todo el sistema escolar contra los libros, fruto de ubicarlos como artefactos ajenos al individuo, a su vivencia, experiencia, pasiones, amores, inquietudes, etcétera.
3. El fracaso en la construcción de un espíritu crítico de los alumnos, pues a pesar de tantos años de estudio terminaban repitiendo las peores ceremonias de intolerancia frente a la diferencia, la palabra escrita y la cultura en general. Terrible, pero cierto e ilustrador.

Ésa es la respuesta desde el ámbito de lo educativo a las tristes preguntas que nos hicimos más arriba, sobre las razones por las cuales los libros son excluidos del horizonte de la infancia. Revisemos una muestra más: el espacio curricular específico en el cual los estudiantes deberían tener la posibilidad de gozar de los placeres textuales era las clases de lengua y literatura. Sin embargo, es justo allí donde termina de colocarse la última piedra sobre la tumba donde yace aquel gusto que alguna vez los niños en su primera infancia poseyeron por acercarse a los libros. No hay vacuna más eficiente contra el acto de leer que los programas de estudio, los libros de texto y la forma de impartir esas materias. La causa puede ser reducida a dos factores que, en realidad, son expresiones de un mismo problema:

1. Cargar a los libros con la responsabilidad de enseñar y, por tanto, considerar que el sentido de la lectura está vinculado exclusivamente a cuestiones prácticas como aprender o instruir, y
2. La inexistencia en los propios maestros y maestras del gusto (capacidad/posibilidad de delectación) por la lectura. Ellos mismos, a pesar de su responsabilidad social y las exigencias culturales que se les han endosado como transmisores de conocimiento, son ciudadanos, esto

es, individuos que han crecido dentro de una sociedad que los ha inoculado contra la lectura.

Si a esos factores agregamos la vigencia de normatividades burocrático-administrativas que, como es usual, en vez de ayudar, obstaculizan hasta la parálisis cualquier intento de difundir y circular los pocos libros que puedan llegar a las escuelas, el panorama se muestra en toda su complejidad y profunda raigambre. Recordemos una experiencia por demás ilustradora.

En México, hace algunos años la Secretaría de Educación Pública editó una hermosa e inteligente selección de libros infantiles bajo el profético nombre de Libros del Rincón, de la cual se hizo llegar por lo menos una colección completa a la mayoría de las escuelas primarias del país. En un altísimo porcentaje ellas no fueron utilizadas, pues rindieron desafortunado honor a su nombre: las cajas fueron guardadas en un rincón de la dirección. El argumento sustentador de la decisión, aunque aparentemente pudiera estar pensado para los archivos de *Ripley* o para algún texto kafkiano, era contundentemente real: si los sacamos, se pueden perder, se los pueden robar o por lo menos maltratar.

El temor a que los libros se maltrataran o perdieran era real, sus causas rebasaban el simple acto aparentemente irracional de proteger algo, que debía ser para uso público con todos los riesgos que eso trae consigo. Había, además, un factor crucial perfectamente razonable para que los directores decidieran dejar abandonadas en el rincón las valiosas colecciones que les habían llegado: ellos administrativamente eran los responsables de las mismas, lo cual, en términos de la norma imperante, significa que, en caso de pérdida, se les fincarían responsabilidades y, por ende, serían sancionados teniendo que pagarlos de sus propios bolsillos. Con esta normatividad era claro que los Libros del Rincón estaban destinados a ser subutilizados, a cumplir su destino manifiesto: en el nombre llevaban la penitencia.

Los impedimentos para lograr mantener vinculados (o por lo menos cerca) a los niños y los libros no vienen exclusivamente del ámbito burocrático administrativo. También desde los sectores ilustrados de la sociedad se construyen absurdos que redundan en la profundización del fenómeno. Es el caso de muchos intelectuales, buena parte de ellos escritores, que continúan desgarrándose las vestiduras cada vez que surge



el tema de qué libros deben ser los que se provean a los alumnos de educación básica a través de las vías institucionales del estado.

No hace mucho se vivió una intensa polémica cuando la Secretaría de Educación Pública dio a conocer la lista de textos elegida para constituir las Bibliotecas de Aula, es decir, las colecciones de libros por grado escolar que habrían de enviarse a todas y cada una de las escuelas primarias del país. El espíritu del manco de Sonora se hizo presente, quién lo dijera, a través de la voz de varios afamados escritores que, echando mano a la pluma, saltaron al cuadrilátero para denunciar la infamia cometida por las autoridades educativas de dejar fuera de dichas selecciones a autores emblemáticos de la literatura mexicana contemporánea como Carlos Fuentes u Octavio Paz, entre otros. El que los libros fueran dirigidos a un público constituido por niños de entre siete y diez años no hizo mella en su convicción de que los actuales santones literarios debían estar presentes en todas las primarias del país para deleitar a la infancia tricolor. Por supuesto ninguno de ellos se atrevió a sugerir cuáles libros de Paz o Fuentes debían ser los manjares a disposición de tan exquisitos y precoces paladares. Haberlo intentado era simplemente evidenciar lo absurdo de la exigencia, la cual supuestamente dejaba en claro el interés de esos intelectuales por defender a la cultura mexicana al haberse envuelto con las páginas de *Terra Nostra* y *El laberinto de la soledad* para arrojarse por el precipicio de la cultura literaria ultrajada.

Es claro, entonces, que no basta con dejar volar la imaginación o pretender simplemente señalar desde nuestro púlpito curricular, sin crítica de por medio, cuáles son los libros que la gente (así impersonalmente, sin matices de edad, culturales, educativos, etc.) debiera leer. La historia, otra vez la historia, nos puede ayudar recordando lo que pudo haber sido y no fue. Permítanme una anécdota familiar. Mi madre nació en pleno arranque de la cruzada vasconcelista, y por culpa de ésta habríamos de quedarnos ella sin abuela paterna y yo sin la posibilidad de conocer a mi bisabuela. Cualquier fiscalía especial designada para discernir la responsabilidad en tal pérdida familiar podría concluir que el autor de *Ulises criollo* fue el responsable intelectual del trágico suceso.

Fueron millones los ejemplares que se imprimieron bajo 524 títulos en cinco colecciones. Entre los títulos y autores, se contaron: *La Ilíada*, *La Odisea*, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Platón, Plutarco, Plotino, *Manual de budismo*, *Los Evangelios*, *La divina comedia*, Shakespeare, Lope,



Calderón, el *Quijote*, Goethe (*Fausto*), Ibsen, Shaw, Rolland, Tolstoi, *Historia universal*, de Justo Sierra, Ruiz de Alarcón, Pérez Galdós, Balzac, Dickens, Víctor Hugo, Aristóteles, Marco Aurelio, San Agustín, Montaigne, Descartes, Pascal, Kant, Rousseau, Sor Juana, Otón, Urbina, Nervo, González Martínez, Díaz Mirón, Ignacio Ramírez, Rabasa, Caso, Prieto, Micrós, etc., más manuales de legislación, psicología, economía, historia del arte, geografía, sindicalismo, agricultura, pedagogía, ciencia industrial, antologías de prosa y poesía mexicana, española y latinoamericana, historia de México (cfr. Banco, 1993: 105).

Vasconcelos se inspiró en la idea del plebeyo Gorki de que los clásicos deberían abaratarse, había que dárselos a los pobres, ¡qué mejor tesoro para repartir! Disfrazando a la provocación de matización histórica, podemos preguntar cuáles de estos autores y cuántas de estas obras han sido leídas por nosotros a ochenta años de distancia de tan fenomenal e increíble esfuerzo. La triste contestación nos arroja a las siguientes preguntas: ¿qué pasó?, ¿qué falló? Mejor aún: ¿habría cambiado algo, si los libros editados por Vasconcelos se hubieran leído de la forma tan masiva como fueron repartidos? La cuestión, históricamente es ociosa; el juego de responderla no tanto; sobre todo, si lo hacemos desde el umbral del siglo XXI, cuando nos enfrentamos al tema del uso de las nuevas tecnologías para la educación y la cultura.

La propuesta era facilitar el acercamiento de lo mejor a todos, empezando, en primerísimo lugar, por los más desprotegidos. ¿Textos clásicos en un país de analfabetos? Sí, contestó Vasconcelos, para hacer un país de lectores, debe haber libros y bibliotecas. ¿Computadoras y tecnología de punta en las escuelas de un país atrasado económicamente que ni a libros llega? Sí, contestamos sin dudar hoy en día. Libros, computadoras, internet, revistas, todo y de lo mejor para todos. En educación ésa es la democracia real. Aulas en lugares perdidos, en condiciones paupérrimas, pero perfectamente dotadas de libros, muchos libros, de los mejores libros, los más bellos, los más atractivos, los que atrapan, los que muerden, los que asustan, los que te echan a volar. Mi bisabuela murió por leer *La divina comedia* en los libros de Vasconcelos. La anciana, que nunca había leído nada, no tuvo ya la fortaleza de Virgilio y falleció al estar viajando por el infierno y el purgatorio imaginado por Dante. Los demonios le provocaron el infarto cerebral que la llevó a la tumba. Gracias a ella, en la familia ya tenemos una mártir de las cruza-

das, que comprobó la máxima de que la palabra es la más peligrosa de las armas.

En México, hoy en día se leen muy pocos libros. Existe una cifra legendaria que habla de medio libro al año por habitante; frente a ella el INEGI afirma que se leen entre 1.5 y tres libros al año por persona, según atestigua el periódico *El Financiero*, el 3 de octubre de 2002. Cualquiera que sea el dato real, ello no quita que ocupemos el penúltimo lugar de toda Latinoamérica, solamente delante de Haití. Hace algunos años, José Emilio Pacheco escuchó el siguiente diálogo entre dos estudiantes de secundaria durante la Feria del Libro de Guadalajara:

—¿Quién es Saramago?

—El viejito ciego que escribió *Cien años de soledad*.

Nuestros adolescentes que cursan secundaria ocupan el penúltimo lugar de 40 países encuestados por la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), en lo referente a la comprensión de lectura, ya que sólo el 20% de ellos entiende lo que lee, como nuevamente atestigua *El Financiero* (6 de agosto, 2002). El esfuerzo vasconcelista ahí quedó (y mi bisabuela también). Ahora que la película ha avanzado bastante más podemos ver que, quizá, se pecó de voluntarismo, pero lo que jamás se puede afirmar es que fue un intento adelantado a su tiempo. Siempre es tiempo de empezar a leer, siempre ha sido ese tiempo y lo seguirá siendo. El libro, la palabra escrita en tinta y papel es insustituible. Compartirá tiempos con otras formas comunicativas; desde hace medio siglo lo hace con la televisión y desde hace una década con la internet, pero ninguna de ellas echará a la otra del foro, donde día a día se representa la gran obra de la cultura contemporánea.

De lo que se trata, entonces, es de ver las cosas en sus justos términos y de empezar a renunciar a una de nuestras certezas más arraigadas en términos socioculturales. La tarea no es sencilla, pues significa asumir que la realidad histórica se ha transformado de manera tal que es imperante dejar caer varios signos de interrogación sobre nuestras certidumbres epistemológicas hasta hace poco tiempo inamovibles.

Lo que hoy vivimos es el descentramiento del saber; el asunto nos aterra. El saber se ha salido de los libros y la escuela, es decir, ha abandonado el eje sobre el cual ha girado por lo menos durante los últimos cinco siglos: el libro. Los medios electrónicos comienzan a jugar un papel central en la generación y transmisión del conocimiento, ellos mis-

mos se han convertido en nuevas formas comunicativas, en las cuales la humanidad habrá de alfabetizarse. Éstas no remplazan al libro, sino simplemente descentran a la cultura occidental de su fundamento letrado (cfr. Martín, 2003)

Frente al desconcierto que el asunto nos provoca, nos refugiamos en la búsqueda de responsables de la carencia del hábito de lectura, mostrándonos ciegos ante la complejidad del fenómeno. La gente está leyendo otras cosas, está adquiriendo el conocimiento de otras fuentes y bajo otras estructuras simbólicas, otras narrativas, lenguajes y escrituras. El asunto, insisto, es muy difícil de aceptar y peor de asumir, en virtud del gran peso que la cultura libresca adquirió durante muchos siglos, a través de los cuales se construyó y reafirmó la idea de que en los libros, y sólo en ellos, se contenía el conocimiento humano<sup>1</sup>. La gesta del Pípila, sin importar si realmente sucedió o no, constituye una metáfora perfecta para pensar la manera en que la lectura ha sido vista desde hace mucho tiempo.

La ignorancia, la enajenación, el sometimiento, la incultura, la despolitización, el desconocimiento, la insensibilidad y un larguísimo etcétera se han pertrechado en múltiples alhóndigas culturales. La cruzada en que las buenas conciencias modernas se han embarcado, para tratar de desterrar o reducir ese espacio sometido por la oscuridad, ha tomado como Pípila particular al placer que un acto cultural, un hecho eminentemente lúdico posee. La lectura, esa actividad que inició siendo un ejercicio bastante masivo, hecho en voz alta, que atrapaba la atención de los públicos, que escuchaban embebidos al lector, ávidos de conocer el desenlace de las historias que él narraba, el deseo que motivaba a la gente a salir a arrebatar las novelas por entregas, que hacía que los folletines fueran esperados ansiosamente por el público, que anhelaba saber en qué terminarían las aventuras de los héroes que vivían en sus páginas,

<sup>1</sup> Hace ya varias décadas, Ray Bradbury lo intuyó de manera genial en uno de sus clásicos: «No son libros lo que usted necesita, sino algunas de las cosas que en un tiempo estuvieron en los libros. El mismo detalle infinito y las mismas enseñanzas podrían ser proyectados a través de radios y televisores, pero no lo son. No, no: no son libros lo que usted está buscando. Búsquelo donde pueda encontrarlo, en viejos discos, en viejas películas y en viejos amigos: búsquelo en la naturaleza y búsquelo por sí mismo. Los libros sólo eran un tipo de receptáculo donde almacenábamos una serie de cosas que temíamos olvidar. No hay nada mágico en ellos. La magia sólo está en lo que dicen los libros, en cómo unían los diversos aspectos del Universo hasta formar un conjunto para nosotros. Desde luego, usted no puede saber esto, sigue sin saber lo que quiero decir con mis palabras» (Bradbury, 2003: 92-93).



esa actividad cuyos objetos son los libros, ha sido cargada con un gran lápida, ajena y externa a lo que debiera ser su razón de ser (el placer de leer por el placer en sí mismo).

Cuando se le endosa la responsabilidad de enseñar y educar, cuando se le asigna el deber pedagógico, el placer de leer está condenado a morir bajo tan enorme peso. Incapaz de llegar a las puertas de la alhóndiga para quemarla, es aplastado por dicha responsabilidad ajena por completo al sentido mismo de existencia de toda actividad estética, lúdica, artística, cultural. La buena intención de erradicar a todos los malos espíritus que se han resguardado tras las puertas de tantas alhóndigas ha terminado por contribuir de manera crucial en la eliminación de la lectura como una actividad de naturaleza placentera.

El gusto y el anhelo por leer pueden fácilmente devenir en desengaño y frustración. Sin intención, sin percatarnos siquiera, erradicamos el placer. Para un niño —y para cualquiera— es posible que la lectura de *El principito* sea maravillosa o trágica. La diferencia radica en algo tan sutil como acercarse al libro habiendo recibido el inocente aviso de que, al acabar su lectura, el pequeño habrá «entendido muchas cosas». De esa forma se cimienta el gran edificio de las experiencias malogradas. Es claro: la responsabilidad cultural con la que se manda a recorrer el maravilloso universo creado Saint Exupéry, imposibilita que, a menos que se esté dispuesto a quedar en evidencia por no haber cumplido la expectativa, el incipiente lector al finalizar su periplo por el mundo de *El principito* esté imposibilitado para reconocer que le encantó, gustó, divirtió, emocionó, transformó, aunque no «entendió» (o peor aún, no «aprendió») ni una sola de las muchas cosas que debió haber asimilado. Hacerlo sería reconocer que fracasó en su lectura, pues ella, tal como se le dijo abiertamente, cuando se disponía a iniciarla, tenía como objetivo que entendiera o aprendiera algunas cosas muy importantes. Por cierto, es bastante difícil encontrar a alguien a quien se le haya sugerido escuchar alguna sinfónica o un danzón para que entienda «muchas cosas»; esa responsabilidad por lo general se remite exclusivamente a la palabra escrita, a los libros, a la lectura<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Las posibilidades analíticas sobre la forma tan común en que las actividades culturales se tergiversan al visualizarlas como experiencias pedagógicas, se incrementa al recordar la manera común en que los estudiantes visitan los museos. En vez de dejarse impactar con las pinturas o arrojarse frente a las esculturas, es patético verlos copiando en sus cuadernos escolares las tarjetitas informativas de las piezas.

Acordemos, pues, que los libros no pueden ser el Pífila de la modernidad cultural, ellos no debieran haber sido cargados con la loza de la responsabilidad de tener que quemar las puertas, que protegen a la ignorancia y todas sus horripilantes hermanas gemelas. Ponerle a la lectura ese peso encima sólo garantiza la muerte por aplastamiento del deseo. Tanto el placer que el acto de la lectura puede significar, más cuanto el placer en general, son para disfrutarse, para vivirse por sí mismos, no como medios para lograr otros objetivos. Cuando alguien baila, ¿se preguntan las razones de por qué lo hace o sobre los objetivos de aprendizaje que debe haber cumplido cuando termine de desarrollar sus piruetas y movimientos al ritmo de la música? No, a todas luces, no. Pese a ello, la lectura sostiene su loza histórica de haber sido un elemento fundamental para la transmisión del conocimiento, esto es, de ser parte integrante de la historia de la educación institucionalizada.

En el umbral del siglo XVII, cuando Cervantes escribió las primeras páginas del *Quijote*, eligió hacer eco a las creencias que existían sobre las consecuencias que el hábito de leer traía sobre la salud. La lista de enfermedades atribuidas a tal ejercicio intelectual era amplia, el peligro inminente; tanto así, que circulaban diversos consejos para evitar caer enfermo por esa causa:

En un opúsculo editado en 1795, J.G. Heinzmann enlistó los padecimientos físicos que acarrea una lectura inmoderada: «susceptibilidad a pescar resfríos, dolores de cabeza, debilitamiento de los ojos, salpullido, gota, artritis, hemorroides, asma, apoplejía, dolencias pulmonares, indigestión, estreñimientos, trastornos nerviosos, migrañas, hipocondría y melancolía». [...] El «arte de la lectura» comportaba lavarse la cara con agua helada, dar paseos al aire libre y practicar complejos ejercicios de concentración y meditación (Darton, 1996: 42).

Al señor de La Mancha se le secó el cerebro, los resultados de sus delirios se convirtieron en la obra literaria identitaria de la lengua castellana.

De algunos años para acá, hemos adoptado una actitud que no deja de llamar la atención, pues constituye otra más de las paradojas históricas referidas a lo largo de este trabajo. De la misma manera en que hace cuatro siglos se tenía la certeza de que la lectura era un hábito por de-

más pernicioso para la salud, hoy estamos convencidos de justamente lo contrario: carecer de dicha costumbre trae consecuencias nefastas para el bienestar personal y social.

En términos individuales, su carencia significa la imposibilidad de que el sujeto ingrese a ciertos niveles de aprendizaje, desarrolle su capacidad imaginativa, aprenda a escribir, corrija su ortografía, etcétera. En términos sociales, los resultados de la ausencia de un hábito de lectura son igualmente deleznable: incultura, insensibilidad estética, despolitización, factibilidad de ser manipulado por los poderes y demás cosas horribles. Hoy, curiosamente, nos hemos colocado justo en el polo opuesto desde el cual se diagnosticaba el padecimiento del Quijote: la enfermedad —afirmamos con gesto circunspecto— radica en la carencia de fantasía causada por no leer libros.

¿Cómo debemos entender las actuales migraciones culturales?, ¿qué actitud debemos asumir frente al nuevo rol que los libros empiezan a jugar dentro de la cultura contemporánea?, ¿fomentamos la lectura o nos cruzamos de brazos, pues el futuro ya llegó y pareciera que en él la palabra impresa ocupará tan sólo (si bien le va) un espacio secundario? Preguntas difíciles, pues las respuestas nos refieren a nuestras certidumbres culturales más arraigadas. En la década de los setenta la disyuntiva parecía concretarse en la pregunta: ¿apocalípticos o integrados? Hoy en día tendríamos que establecer otras coordenadas para pensar el fenómeno cultural en general y de la lectura en particular. Una de ellas —quizá la más importante—, ya la he desarrollado ampliamente, liberemos a los libros y a la lectura de las obligaciones pedagógico-culturales que desde el hermosísimo mundo de las mejores intenciones le hemos asignado.

Ser culto, tener desarrollado el hábito de la lectura, es decir, haber cultivado el gusto y la sensibilidad sobre una serie de obras de la praxis humana no garantiza por sí mismo que el individuo en cuestión sea un buen sujeto. La historia y la vida diaria son pletóricas en ejemplos de febriles lectores, de individuos cultísimos que son la representación viva de los peores atributos humanos. Lo mismo sucede desde el lado de los creadores, ya que muchos escritores de obra sublimes están lejos de constituir un modelo para la humanidad.

El quid del asunto no es intentar encontrar o construir la veta utilitaria de la creación de una sensibilidad artístico-estética (en este caso, los libros), ya que los objetivos finales de este tipo de habilitación (edu-

cación) no debieran confundirse con metas de índole moral, ética o, peor aún, utilitaria. Más bien se trataría de que la lectura, la creación del gusto por los libros, de la competencia para la comprensión y disfrute de las obras literarias esté referida a la capacidad de proveer a los sujetos de una serie de productos, lenguajes, estéticas, códigos simbólicos, sensibilidades, etcétera, que enriquecerán por ampliación su horizonte de visibilidad, abriéndose a la posibilidad de avanzar sobre nuevos y diferentes mundos para él desconocidos. Nada más, pero nada menos. Eso no quiere decir que, en automático, el lector se convierta en un buen ser humano (cualquier cosa que eso signifique), sino simplemente que es necesario mantener las puertas abiertas, a fin de invitar a todos al ingreso en una de las salas más importantes de la cultura humana, pues en ella es probable que el visitante sea capaz de gozar, lo cual en sí mismo tendría que ser el sentido ordenador de la vida. Es verdad, no importa cuánto se lee sino cómo nos deja lo que leemos.

Se trata, pues, de abonar la utopía, ya que el fomento de la lectura nos remite obligatoriamente a repensar nuestra relación con la vida, el tiempo y el placer. En medio de nuestra desenfrenada carrera por hacer y acumular cosas para arribar rápidamente a un futuro, que por definición es inasible, es necesario hacer una pausa y tomar el tiempo necesario para repensar todo de nuevo.

Para leer se necesita calma y tiempo. De ambos carecemos, pues hemos renunciado a ellos. El círculo se cierra, el tiempo se nos va.

La modernidad, en efecto, hace que todo se desvanezca en el aire: acceso a los medios de comunicación, tiempo, propuestas culturales, credencialización, hegemonía política, *bytes*, placer, despolitización, página, rapidez, etc., todo se confunde, todo se diluye. El exceso de realidad nos ahoga. Es urgente y necesario hacer una pausa para repensar todo de nuevo<sup>3</sup>.

Démonos el gusto de leer y de sentir placer, avancemos en nuestra utopía, empecemos a construirla contagiando a los otros mediante la palabra hablada y escrita, el gusto por vivirla y disfrutarla con todo el tiempo del mundo y de la manera más irresponsable, es decir, liberada

<sup>3</sup> Con este ánimo leo lo siguiente: «La retórica, o sea, la organización del saber, es el enorme engranaje de la cultura, el febril mecanismo de la actividad con que los hombres incapaces de vivir consiguen engañarse, protegerse de la aniquiladora conciencia de su falta de vida y de valor, no darse cuenta de su vacío» (Magris, 1994: 60).



de cualquier otra obligación que se le quiera asignar. Invitémoslos de verdad y sin condiciones a la fiesta. Como dice Bioy Casares:

Ni contra el torpe, de cabeza enhiesta  
le sirva de instrumento de tortura.  
Usted inicia a la gente en una fiesta.  
No es otra cosa la literatura.



#### BIBLIOGRAFÍA

BLANCO, J.J., *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, FCE, México, 1993

BRADBURY, Ray, *Fahrenheit 451*, Plaza & Janes, México, 2003

DULLES, J.W., *Ayer en México*, FCE, México, 1977

MAGRIS, Claudio, *El Danubio*, Anagrama, Barcelona, 1994

MARTÍN B.J., «Saberes hoy: diseminaciones, competencias y transversalidades», en *Revista Iberoamericana de Educación*, may-ago, 2003, <http://www.campus-oei.org/revista/rie32a01.htm>

A. XAVIER RODRÍGUEZ LEDESMA es investigador del SNI. Actualmente, labora como docente investigador de tiempo completo en la Universidad Pedagógica Nacional ([conequis@hotmail.com](mailto:conequis@hotmail.com)).

(Recepción: 17-06-07. Aceptación: 02-09-07)



